

# CÉSAR AIRA

EL  
TESTAMENTO  
DEL MAGO  
TENOR



emecé

CÉSAR AIRA

# El testamento del Mago Tenor



emecé

Aira, César

El testamento del mago tenor / César Aira. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2022.  
160 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-950-04-4124-7

1. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

© 2013, César Aira

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.  
Publicado bajo el sello Emecé®  
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.  
[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

1ª edición en esta presentación: mayo de 2022  
2.000 ejemplares

ISBN 978-950-04-4124-7

Impreso en Master Graf S.A.  
Mariano Moreno 4794, Munro, Pcia. de Buenos Aires,  
en el mes de abril de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723  
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,  
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o  
por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,  
digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.  
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

## Capítulo I

Solo y olvidado, en su retiro suizo que databa ya de muchos años, el Mago Tenor se moría. En el lecho al que estaba confinado desde el último ataque, esperaba el desenlace, sin esperanzas ni pánico. Al fin de cuentas, todo había pasado en su debido orden, y la salida de escena no era menos parte de la acción que cualquiera de los episodios anteriores. La mirada perdida en la ventana, la mente en blanco. El silencio se estancaba en esos largos días inmóviles. De la servidumbre solo había quedado el ama de llaves. Sus pasos cautelosos, el tic-tac de un reloj y el canto extraviado de un pájaro, afuera, eran los únicos sonidos que llegaban hasta la habitación del Mago. El trayecto hasta él, desde la cocina y los cuartos de servicio, la escalera, los largos pasillos en curvas que habían sido elegantes y ahora solo eran hábito, era todo lo que se recorría de la casa. El resto estaba cerrado y descuidado, los salones oscuros, puertas y ventanas que no se abrían hacía años, el polvo sin destino que

se acumulaba. Los cuadros en las paredes de los salones, dentro de sus marcos dorados, hundían sus figuras en penumbras muy acostumbradas a sí mismas. Si alguien se hubiera asomado a ellos, como a estas alturas solo podría hacerlo un fantasma, habría visto escenas de gesticulantes dramas, en la supervivencia de empastes centenarios, el óleo adelgazado por el tiempo revelándole a nadie el revés de los seres ocultos. Los espejos se habían velado, las alfombras repetían sus ociosos laberintos. Un piano en el estrado de la sala de música había creado el vacío a su alrededor, en el que contaba los compases del silencio. Arriba, los artesonados parecían derrumbarse como bocas cuadrículadas. Los sillones se contraían, la tiniebla se apoderaba de los billares y los mármoles.

Ocultada por los árboles, a la casa la rodeaba un amplio parque de contornos irregulares, y los pocos automovilistas que circulaban por el camino cantonal de tierra podían ignorar su existencia, porque ni siquiera la verja de entrada estaba a la vista: para encontrarla había que introducirse en un atajo disimulado entre arbustos y troncos caídos. No había habido de parte del propietario una voluntad expresa de ocultarse del mundo; era simplemente efecto del abandono, el mismo que reinaba en el parque, cuyos recesos apartados, y los menos apartados también,

y en realidad toda su extensión, habían revertido a un salvajismo de primer día de la Creación. Topos, conejos, culebras, algún zorro fugitivo convivían en las marañas vegetales que no hollaba nunca un pie humano. Incontables legiones de hormigas, crisálidas colgadas de las ramas, caracoles, polillas, arañas arbóreas, avispas en sus casitas de barro, ejércitos de lo pequeño y lo diverso jugando a las escondidas donde nadie los buscaba.

Los árboles envueltos en niebla solo entreabrían su follaje por el paso de una paloma o un gato. Alcanforeros, aromos, pinos, acacias africanas se alineaban en asimetrías elegantes pensadas por un antiguo paisajista, sus ideas ya indescifrables por el crecimiento descontrolado del sotobosque. Los parterres se habían hundido, las especies muertas seguían en pie acorazadas por capa sobre capa de hongos petrificados. Los ramajes se entrelazaban en lo alto. Colchones de hojas de otoños sucesivos, palacios de madrigueras secretas.

Había horas del día en que el edén de los pájaros resonaba dentro de esas cámaras verdes. Casi ningún sonido escapaba del encierro: solo algún silbido, si se prolongaba lo suficiente, llegaba al oído inerte del Mago. Los mirlos caminaban como soldados haciendo la guardia, habían trazado senderos en la hierba alta.

El canto prestigioso del ruiseñor se escondía en el vértice más profundo de la espiral de esas soledades.

Los bancos de piedra también se habían hundido. Lo mismo el pie de un reloj de sol, a resultas de lo cual el cuadrante se había inclinado, con el mármol blanco de su superficie manchado con las huellas de viejas hojas de árbol, que se habían estampado con cada detalle de sus contornos y nervaduras. Los bebederos de pájaros, colmados de detritos, florecían en hongos morados. Una pérgola había desaparecido por completo bajo las hiedras salvajes, que trazaban líneas sin apoyo en el aire. Las ramas bajas de los árboles cayendo perezosas al suelo creaban pasajes oscuros que parecían continuarse bajo tierra. Pudorosas, se ocultaban las estatuas en las frondas silvestres, una Diana, un Hércules, un cazador Hubertus, en un tambaleo que llevaba décadas, sin que nadie los viera. La gran fuente de piedra, con sus delfines en arcos acrobáticos y sus Neptunos multiplicados, cada uno con su corte de nereidas, estaba cubierta de musgos aterciopelados, líquenes de lenguas amarillas, pámpanos y brotes. Un sapo reinaba bajo esos toldos.

El lago artificial se había cubierto de lotos, y una población excesiva de anguilas se agitaba debajo. Almadías entoldadas, que antaño habían transportado elegantes fiestas flotantes y orquestas de cámara, se

podrían encalladas, y sus vigas ablandadas se doblaban como miembros enfermos. Desfondados, los botecitos se clavaban en el verdín del agua.

El aleteo de un pájaro, un gorjeo, la caída de una piña puntuaban el silencio del parque. Si un improbable visitante lo recorriera y llegara hasta sus confines, quizás podría oír los golpes sordos de un partido de tenis en el parque de los vecinos, nada más. Y hasta era dudoso que tales vecinos existieran. La ladera escarpada de un valle, con brucas lejanías, daba una sensación de desierto. La comarca era refugio de gente que se retiraba del mundo, para proteger su dinero (un dinero que, justamente, habría podido comprar el mundo). Las exclusivas perspectivas suizas atraían a una elite cosmopolita, cuyo único modo de llamar la atención, involuntariamente, era el zumbido de sus autos caros. Ejércitos de jardineros mantenían podados y regados los parques, esculpidas las formas vegetales, y sobre todo ocultas las presencias. Este régimen había mantenido la casa del Mago Tenor en un secreto que compartían muy pocos, y estos pocos ya desinteresados de lo que podía constituirlo en secreto.

Sobre este dominio del olvido se deslizaban los días y las noches, indiferentes. La mirada del Mago Tenor, desde su lecho final, por su perspectiva baja, solo captaba las copas de los árboles, y de ellas el



movimiento que les imprimían el viento y la lluvia. Y al fondo los colores del cielo, el blanco del amanecer, el rosa del crepúsculo astillándose en las agujas de un pino. Ya nada de eso le importaba. Se alejaba insensiblemente, se olvidaba, él también. Solo de noche, cuando la vieja ama de llaves había olvidado cerrar los postigos, las estrellas dispersas en el cielo negro movían en su cabeza algún pensamiento, pero no sabía cuál.

La última visita que recibió fue la del Presidente Hoffmann, del foro de Lausana, que muchos años atrás había sido su apoderado. No era una iniciativa espontánea del viejo magistrado, sino que respondía a una esquila recibida días antes, que contenía un pedido formulado con anticuada cortesía y letra temblorosa, en uno de los viejos tarjetones con el logo profesional (una galera y la varita), la cartulina amarillenta, una verdadera reliquia para coleccionistas del anticuariado del varieté. El Presidente se la estaba mostrando, en el auto que los llevaba, a su joven acompañante, Jean Ball, abogado de Berna que en la ocasión haría de asistente. Había sido reclutado para el trabajo en forma intempestiva, y solo ahora, en el asiento trasero del auto, iba enterándose de las

particularidades del caso a través de la voz monótona del Presidente Hoffmann. Este decía haber sido el brazo legal del Mago, el único en ocuparse de sus asuntos desde que se retirara de los escenarios. Lo que no significaba, aclaró, que hubiera tenido mucho trabajo, más allá de un trámite aislado cada cinco años, y siempre el mismo, como creía que lo sería en esta ocasión. Originalmente, decía, había aceptado la comisión por curiosidad, por su exotismo, y por permitirle echar un vistazo en un terreno al que un hombre de leyes nunca se asomaría. Con el paso de los años y el aumento de sus responsabilidades en el foro debería haberse desligado, pero no lo había hecho, por lealtad, por pereza de explicarle a un colega el mecanismo de sus funciones, y sobre todo por el prolongado lapso que separaba cada una de sus prestaciones, y el hecho de que cada una pareciera la última. Esta vez había recibido con sorpresa la requisitoria, como si proviniera de otro mundo, pues su cliente llevaba décadas sin manifestarse. Creía recordar haber oído algo de enfermedad, o reclusión, pero de eso había pasado mucho tiempo, y algo en el fondo de su mente había concluido que el viejo mago había muerto. Por lo visto, no era así. Cargado de años él mismo, no habría hecho el viaje hasta el escondido refugio donde lo requerían si no hubiera sospechado, con buenos motivos, que

era una liquidación y despedida. También intervenían, como al principio, la curiosidad, y un vago interés, sin contar con el sentido del deber, el último en apagarse en un calvinista de la vieja escuela.

Se remontó a épocas anteriores, cuando el Mago Tenor había sido una luminaria menor, muy menor pero no tanto como para no gozar de cierta notoriedad, en el firmamento móvil de los spas y balnearios elegantes de la Europa Central. No le extrañaba que su joven interlocutor no hubiera oído nunca el nombre. La celebridad era un bien efímero en la profesión, que carecía de historiadores.

—No debería ser así —dijo Jean Ball—. Puede ser un relato lleno de interés, por lo evocador, y las anécdotas. Y elocuente respecto de la época, en sus corrientes más profundas y representativas, que es precisamente lo efímero lo que las revela.

—Es una cuestión de registro, de documentación. La ciencia de la Historia opera con realidades, y en esta materia la realidad es resbalosa, o esquiva, o facetada, no encuentro la palabra justa.

—Pero fue real. Aun cuando no haya dejado rastros materiales.

—Una realidad «entre paréntesis» —dijo el Presidente, que seguía buscando una definición quizás inexistente.

Tras lo cual debió concentrarse en darle instrucciones al chofer. En cierto modo, se internaban en terreno desconocido. Por momentos creían avanzar por el bosque primigenio, tan ausente estaba todo signo de civilización. La luz misma cambiaba, en el fondo de los caminos estrechos. La llovizna los acompañó todo el trayecto. Al fin, después de un par de entradas falsas en abras sin salida, dieron con la verja. El auto se detuvo frente a ella y la miraron un momento: parecía tan vieja como el esqueleto de un dinosaurio, salvo que era de hierro gris, cubierto de verdín. Los barrotes retorcidos hacían figuras indescifrables, un escudo condal la coronaba en el centro.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Jean Ball.

El viejo jurista asintió con un gesto y mandó al chofer a abrirla. Mientras el hombre lo hacía, un anticuado aparato de vigilancia se puso en marcha, con carraspeos de enfermo. Era una cámara colgada precariamente en la punta de la lanza lateral; sobre la lente había una telaraña, y en el fondo del cristal, les pareció ver cuando pasaban frente a ella, se sucedían signos cabalísticos en los colores del rubí, el zafiro y la esmeralda; podía ser un juego de la luz, burlándose de una tecnología pasada de moda.

Muy lento, el auto negociaba su paso entre hierbas altas que habían borrado las avenidas, hasta la

explanada central frente a la casa. A esta se la veía cerrada, descascarada, sus atlantes cansados, algunas tejas negras de la mansarda rotas en la escalera seguían donde habían caído. Una mujer mayor les abrió la puerta. Saludó sin palabras al Presidente Hoffmann y echó una mirada de desconfianza al joven que lo acompañaba. A la pregunta del dueño de casa respondió con monosílabos incomprensibles.

Ante los ojos de los visitantes la casa se mostraba oscura y polvorienta. Era evidente que habían dejado de mantenerla tiempo atrás, quizás en la convicción de la inutilidad de hacerlo. Ya nadie se sentaba en los sillones, ni usaba las mesitas rococó para apoyar un libro a medio leer. Atravesaron la sala y subieron la escalera envuelta en una penumbra helada. El pasillo alto, con sus barandas de caoba, los condujo, siempre atrás de la mujer, hasta una gran puerta blanca. Al otro lado, moría el mago. Tuvo lugar a continuación, con las dificultades propias de una lengua que se resistía a las expresiones claras, la última negociación.